

FILMS
DE AMOR

LA HIJA DEL MAR



NÚM
127

25
CTS.

Dorothy Mackaill - Jack Mulhall

BEAUDINE, William



FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 127

LA HIJA DEL MAR

(TWO WEEKS OFF, 1929)

Adaptación en forma de novela de
la película del mismo título. Dirigida
por NED MARIN. Interpretada ma-
gistralmente por la deliciosa pareja

DOROTHY MACKAILL

JACK MULHALL

Versión novelesca de E. MOLDES

E X C L U S I V A S

V E R D A G U E R

Consejo de Ciento, 290 Barcelona

REPARTO

Virginia Seastrom . . . DOROTHY MACKAILL
Roberto O'Connor . . . JACK MULHALL

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

Tarjetas postales al bromuro

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. 2 pesetas

Serie A.

Clara Bow	Ramón Novarro
Sue Carol	Charles Farrell
Dolores del Río	George O'Brien
Janet Gaynor	John Gilbert
Maria Casajuana	Charles Morton

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 postales. 2 pesetas

LOS CUATRO DIABLOS . Janet Gaynor.

**LA MASCARA DE
HIERRO.** Douglas Fairbanks.

BEN HUR. Ramón Navarro

EL ARCA DE NOÉ. . George O'Brien

No se venden postales sueltas

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.



Nueva York. Pero lejos del arjetreo febril del centro de la ciudad. De cara al río, al Hudson dinámico y práctico, que no arrastra en su corriente hierbas ni espadañas de las riberas, sino que, como su hermano el Támesis, ve surcadas sus aguas por un ejército innumerables de buques de gran tonelaje, de airoso veleros, de achaparrados remolcadores... y de familiares "ferry-boats".

En uno de estos "ferry-boats" empieza nuestra historia. Un "ferry-boats" limpio, pulcro y modesto. No tenía grandes aspiraciones de navegante, ni anhelo de aventuras. Se limitaba a cumplir calladamente su misión de transportar buenos burgueses, pacíficos menestrales, de una a otra orilla del Hudson. Algo así como un tranvía acuático.

En su popa tenía el "ferry-boat" un

puesto casi elegante de periódicos, cigarrillos y goma de mascar. Y al frente de este puesto estaba una muchacha encantadora: Virginia Seastrom. No podía decirse de ella que era una flor; más bien un alga marina. Adoraba tanto el mar, que por no perderlo de vista trabajaba en aquel "ferry-boat, ya que el destino no le había proporcionado una colocación en un transatlántico de los que navegan por todos los mares del mundo, como hubiera sido su deseo.

La compañera que turnaba con ella— las brisas salobres—, le decía con frecuencia:

—¡Cómo aborrezo este sitio! ¡Mi ideal sería vivir en el campo!

A lo que Virginia replicaba vivamente:

—¡Qué vulgaridad... el campo! ¡Todo verde, como un cromo!

Y añadía:

—Yo me moriría si no viese el mar... ¡Le amo! ¡Ha sido mi cuna, y ojalá que sea mi tumba!

Así era, en efecto. Hija de un lobo de mar, el capitán Seastrom, su casa había estado siempre contigua al líquido elemento y sus ventanas eran como unos ojos avizores que tendían su mirada hacia la lejanía, allí donde el cielo y el mar parecen confundirse, en espera que que aparezcan, co-

mo blancas gaviotas, las velas del bergantín paterno.

La casita seguía oyendo la canción del Hudson, pero los tiempos habían cambiado. Ya las ventanas no eran ojos avizores que oteaban la llegada del bergantín; ya no había bergantín. El capitán Seastrom, desde que su hija había crecido lo bastante para filtrar con los marineros, odiaba el mar y a todo lo que con él se relacionaba, y si ahora prestaba servicios al frente de un remolcador, era porque, en realidad, no servía para otra cosa. A pesar suyo, el mar, que él había dominado tantas veces, le dominaba a él ahora.

Por delante de la casita del capitán Seastrom, desfilaban muy lentamente los buques de gran porte, arrastrados por los remolcadores. Y los marineros que llegaban de playas remotas tropezaban, como primera visión femenina, con la rubia belleza de Virginia, que unas veces en traje de calle, otras con un deslumbrante traje blanco de marinero, contemplaba el paso de los vapores y no negaba un saludo a los navegantes que, al verla, se derretían en puras mieles.

Cierto día que Virginia esperaba el regreso de su padre, pasó ante ella un vapor de carga, y acodados en la barandilla de estribo, dos hombres presenciaban la entrada del buque en el puerto.

Eran, Roberto D'Connor, un joven fogonero, decidor y alegre, que acostumbraba mirar a las mujeres como a los manjares: con apetito; y su compañero Crispín Oleson, fuerte como un caballo, y no mucho más inteligente.

Naturalmente, los dos muchachos, como todos los demás que habían desfilado por allí, quedaron presos en la red de los encantos de Virginia, y, por medio de una mimica entusiasta, intentaron hacérselo comprender. Pero la joven, desviando de ellos su vista, se dirigió a su padre, que, cerca, ocupaba su remolcador, y, por medio del telégrafo de banderas, le envió el siguiente mensaje:

"Date... prisa... para comer...

Tenemos... costillas... de cerdo... y... langostinos..."

El capitán Seastrom no recogió el mensaje, pero sí el fogonero O'Connor, quien, creyendo de buena fe que a él iba dirigido, se apresuró a enviar, también por telégrafo de banderas, su contestación:

"Gracias... invitación... voy... en seguida...

Amor... y... costillas... de cerdo... mí... debilidad..."

Y, sintiéndose ya enfermo de impaciencia, le gritó al capitán Seastrom, que arrastraba el barco hasta el muelle:

—¡Eh... el del remolcador! ¡Queremos atracar y no pasear por el puerto!

Y como el viejo marino, desdeñoso, no le contestara, añadió:

—¡Oiga, amigo!... ¿Dónde aprendió usted a navegar en un estanque?

Saestrom calló otra vez, pero sus puños se crisparon fieramente. De aquella crispación nada bueno se podía augurar para el jovenzuelo que de tal modo hería su amor propio. Por fortuna, la distancia que les separaba no permitía que hablasen los puños, y el capitán se limitó a enviar al fogonero una mirada fulminante.

II

Unos minutos después, atracado ya el barco, el remolcador se detenía ante la escalera situada frente a la casita de Seastrom, y el capitán trepaba por ella con agilidad, mientras salían a su encuentro, Virginia y el tío Pedro, un viejo tiburón que, en el ocaso de su vida, se resignaba a desempeñar en la casa de su antiguo patrón el papel de "ama de llaves".

Venía furioso el capitán, y cuando estuvo arriba, no pudo callar por más tiempo:

—¡Acabo de ser insultado por un marinero... yo, el capitán Seastrom! ¡Esa gentuza se está volviendo insoportable!

Anduvieron unos pasos hacia la casa, y Seastrom se encaró con su hija:

—¡No quiero que sigan aquí! Voy a dar los pasos necesarios para comprarte una granja en el campo.

Mientras el padre y la hija entraban en la casita, frente a ella se presentaban vestidos ya "como personas", Roberto O'Connor y su compañero Crispín Oleson. Venían en un bote y se hallaban ya al pie de la escalerilla. Discutían. Roberto trataba de sacudirse el moscardón que llevaba al lado, para poder accionar más libremente.

—No puedes acompañarme a esta cita, Crispín, te lo aseguro... Te diré: donde hay cuatro caben cinco, pero donde hay dos no caben tres.

—¡Ya lo sé! ¡Tú procuras alejarme de tus conquistas desde que te quité aquella negrita en El Cabo!

No se ponían de acuerdo. Cada uno, por distinto sitio, subió al muelle, y cuando Roberto ponía el pie en el último peldaño de la escalerilla, divisó a Virginia, que había salido de la casa.

—¡Felices, pequeña! — le gritó. — Está ya lista la comida?

Virginia palideció. Su padre estaba allí, a dos pasos de distancia, y si salía... ¡era la hecatombe!

En tal instante, Roberto resbaló y cayó al agua. Afortunadamente para él, pues el capitán Seastrom acababa de salir de la casa, atraído por las voces, y al verle intentando trepar de nuevo por la escalera, le gritó, reconociéndole:

—¿Fuiste tú el que me dijo que había aprendido a navegar en un estanque, verdad?

Roberto midió con la vista a su adversario, vió su corvulencia y comprendió que si seguía subiendo no se libraría solamente con otro baño. Prefirió, por lo tanto, zambullirse de nuevo y nadar hasta el bote que lo había conducido hasta allí. Entonces, sintiéndose ya seguro, aunque mojado, le gritó a Virginia:

—¡Ya volveré, pequeña... ya volveré en cuanto me ponga a secar!

El día siguiente era domingo. El día soleado en que los buenos cristianos piensan en Dios y los marineros piensan en "Ellas".

Roberto estaba impaciente por tomar el desquite, pero sus deseos se estrellaron contra la inflexibilidad del contramaestre, que

le obligó a realizar ciertos trabajos imprescindibles. En vano el muchacho suplicó:

—Déjeme usted saltar a tierra, contramaestre. Tengo muy en ferma a mi pobre abuela.

El contramaestre le contestó, inalterable:

—Te queda una hora de trabajo... Espero que tu abuela tirará hasta entonces.

Entretanto, Virginia, burlando la vigilancia paterna, charlaba con Jaime Mullins, patrón de un pequeño remolcador, el cual, desde hacía algún tiempo la cortejaba asiduamente, sin resultado positivo.

—¿Qué diría usted — le preguntaba en aquellos momentos a la muchacha— si la llevase esta noche al baile de los estibadores?

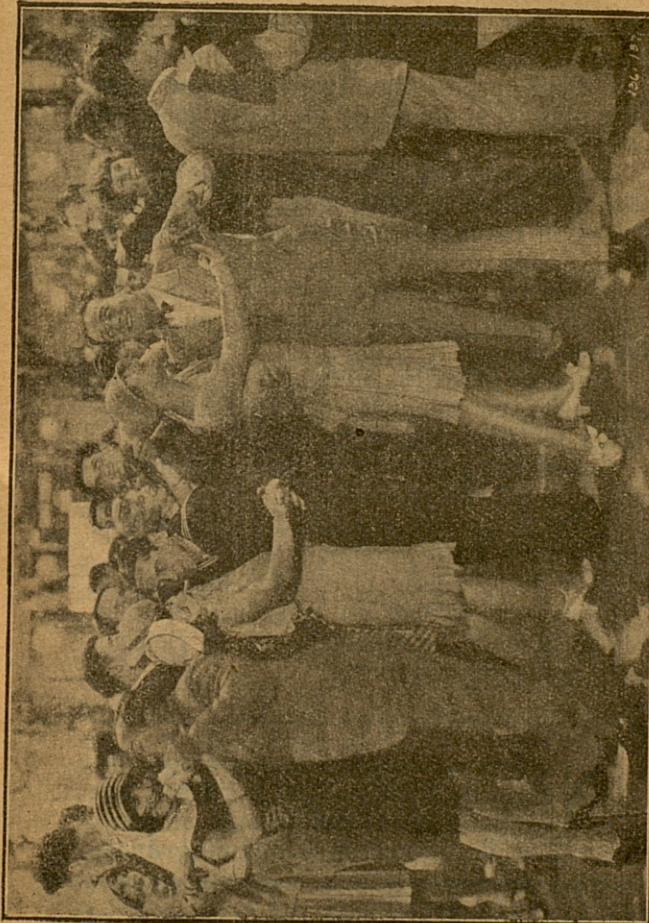
—Precisamente estaba deseando que alguien me invitase a salir esta noche—respondió Virginia—, pero ya sabe usted que mi padre no quiere que tenga tratos con marineros.

—Vaya usted sola entonces, y nos encontraremos en el baile.

No tuvo tiempo Virginia de dar respuesta. Su padre se presentó, con el ímpetu de una tromba, y se lanzó sobre el buen mozo:

—¡Tú, pillastre!... ¡Largo de aquí!

Jaime Mullins, a pesar de sus puños sólidos, opinó que lo mejor era poner pies en polvorosa, y así lo hizo con rapidez, an-



El baile de los estibadores

tes de que el capitán pasase de las palabras a las obras, como tenía por costumbre.

—Pero, papá—dijo Virginia al autor de sus días—, si Jaime no me había molestado...

—¿Crees tú que voy a tolerar que ese ratón de sentina te hable a ti... una señorita?

—Con hablarme no me come ningún pedazo, papá.

—¡Basta! ¡Si vuelvo a ver a un marinero rondando la casa, le rompo un mástil en la cabeza!

Un poco después, sentada a la puerta de su casita, en compañía del tío Pedro, Virginia se lamentaba de su suerte:

—Dos entradas para un baile... ¡y ningún hombre que me acompañe!

—No te apures, muchacha—respondió el tío Pedro. ¡Yo te acompañaré!

Muy de agradecer el ofrecimiento, pero a Virginia, la verdad, no le seducía el plan de ir al baile acompañada de un viejecito que podía ser su abuelo.

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis) a BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona.

III

En tan crítico momento, como llovido del cielo, se presentó el hombre anhelado. Era el fogonero Roberto O'Conno, que, al fin, terminado su trabajo, volvía en busca de la primera mujer que había visto al desembarcar, con la esperanza de ser más afortunado que el día anterior.

Como el capitán Seastrom estaba también sentado a la puerta de su casita, un poco detrás de su hija, el diálogo entre los dos jóvenes tuvo que ser a distancia y con la ayuda de la mimica. Pero tan elocuentemente hablaron las manos y los ojos, que aquella noche, Virginia, fingiendo una visita a unas amigas, se iba al baile de los estibadores en compañía del fogonero.

El baile de los estibadores no sobresalía por su distinción. Había allí muchachitas que estaban muy bien, y hasta muy requetebién, como Virginia; pero, en general, el tipo medio de la concurrencia estaba bas-

tante más cerca de la vulgaridad que del refinamiento.

Cuando Jaime Mullins vió entrar a Virginia en el baile, tuvo una sonrisa de satisfacción y de triunfo; pero cuando la vió acompañada de Roberto, la sonrisa se trocó en una mueca de disgusto. Algunos amigos, azuzándole, gastándole bromas relativas a ciertos pacíficos jóvenes que se dejaban quitar la novia sin protesta, acabaron de ponerle de un humor endiablado.

Por otra parte, veía que Roberto, a diferencia de él, se permitía tales libertades con Virginia, que ésta estuvo más de una vez en situación de propinarle una sonora bofetada, lo que no llegó a llevar a cabo por miedo al escándalo. Pero el escándalo era inevitable.

En uno de los giros del baile, Virginia y Roberto acertaron a pasar por delante del sitio donde se hallaba Jaime Mullins, en el preciso momento en que el fogonero, por centésima vez, se insinuaba demasiado a lo vivo. Virginia, entonces, ya no pudo contenerse.

—¡Esto no va a seguir así, Roberto! ¡Usted me confunde, sin duda, con las mujeres que está acostumbrado a tratar!

—¡A qué enfadarse, pequeña!... ¡Si, al fin y al cabo, acabará usted siendo mi novia! Jaime Mullins creyó llegado el caso de in-

tervenir y trató de llamar la atención a O'Connor; éste no creyó oportuno recibir reprimendas de nadie; las bocas callaron y hablaron los puños; Crispín, el compañero de Roberto, que estaba también en el baile, halló el medio de "hacer un poco de ejercicio" y no quiso desaprovecharlo... El caso es que, dos minutos después de haber surgido el incidente, el baile de los estibadores era el escenario de una batalla campal, en la que cada concurrente pegaba al vecino, sin saber por qué, solamente porque la atmósfera se había caldeado al rojo.

Así Virginia, bien contra su voluntad, se vió mezclada en un escándalo mayúsculo, del que ni su vestido ni su reputación debían salir muy bien librados. Ella misma tuvo que pegar, para defenderse de quien le pegaba, y cuando encontró la coyuntura, huyó a la calle, pero no sin que Roberto, abandonando la pelea, corriese tras ella.

Y corrió, corrió mucho tiempo. Hasta que Roberto la alcanzó, la enlazó por el talle y la besó en la boca. Ella hubiera querido defenderse, gritar, pero no pudo. Y la cólera y el miedo, los dos sentimientos que, desde el principio de la lucha la habían dominado, sucedió una tristeza suave, que se traducía en unos deseos atroces de llorar.

Se dejó acompañar por Roberto hasta la puerta de su casa. Allí la esperaba su padre,

que, al verla de aquella guisa, despeinada y con el vestido a girones, y, sobre todo, acompañada por áquel fogonero, a quien él odiaba más aun que al resto de los marinos, quiso abalanzarse sobre el joven. Pero éste no sentía el menor deseo de morir estrangulado, y huyó con toda la ligereza que sus piernas se lo permitían.

Cuando el padre y la hija se quedaron solos, el capitán habló con una voz velada por la tristeza:

—¡No puedo creerlo!... ¡Que sea mi hija la que acabo de ver en brazos de ese canalla!

—No le juzgues de ese modo, papá... Roberto no es un canalla.

—¿Qué es lo que ha sucedido?

—Fuimos al baile de los estibadores... hubo una riña y...

—Esto se va a terminar! ¡Nos iremos al campo para siempre! ¡Así no volverás a tratar con marineros!

**Coleccione usted cada martes
BIBLIOTECA FILMS**

**Lea usted cada jueves
FILMS DE AMOR**

Pida hoy mismo el **CATALOGO GENERAL** que se remite a:
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

IV

Lunes por la mañana.

Un milagro había sucedido: Roberto O'Connor, un catigador de señoras, con una historia donjuanesca prendida en girones por esas playas de Dios de Dios, se había despertado pensando en la misma mujer. ¡Era increíble!

Acababa Virginia de llegar a su puesto del "ferry-boat", cuando el fogonero se presentó allí, humilde y contrito.

—He sentido tanto haberme portado mal anoche, Virginia... ¿Me perdonas?

Ella, fingiendo un enfado que estaba muy lejos de sentir, no le contestó y, para mayor afrenta, le volvió la espalda. Roberto no se dió por vencido.

—Yo no sabía lo que era el amor... nunca había conocido una muchacha como tú...

El mismo silencio. O'Connor volvió a la carga:

—Me marcharé... no te volveré a ver más.
Pero tenía que venir a decirte adiós...
Mutismo absoluto.

—Bueno... me voy... Creo que será mejor
que me vaya...

Y el joven daba un paso hacia el muelle.
Pero uno nada más. La otra pierna seguía
pegada al mostrador del "ferry-boat", como
si allí la hubiesen atornillado.

Se compadeció al fin Virginia de los apuros
de su amador, y, volviéndose hacia él,
le dijo:

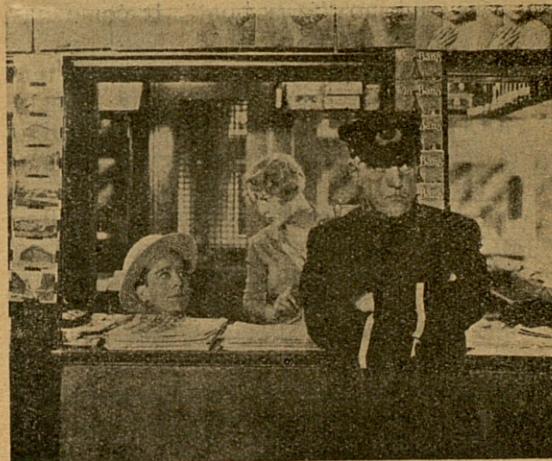
—Puede usted marcharse si quiere... Pero
antes tiene que pedirme perdón por lo de
anoche.

La reconciliación estaba hecha, y los mu-
chachos, olvidados de todo, se pusieron a
conjugar el verbo amar. Mas, la poesía del
amor está reñida con la prosa de la vida coti-
diana. El encargado del "ferry-boat", que
acertó a pasar por allí, sorprendió el idilio,
y, tocando a Roberto en un hombro, le
dijo:

—Váyase a otra parte a matar el tiempo,
joven. La señorita está para vender, no para
charlar.

Ninguno de los dos replicó; pero cuando
el encargado hubo vuelto la espalda, Vir-
ginia cogió por un brazo a Roberto y le hizo
esconderse bajo el mostrador.

—Cuántos viajes hizo el joven fogonero en



El "encargado del "ferry-boat"

cucullias bajo el mostrador? ¿Ocho, diez,
cien? ¡El no sabría decirlo. Cuando termi-
nó la jornada de trabajo, y Virginia fué
reemplazada por su compañera, O'Connor
no podía tenerse en pie. Pero era feliz. ¡Oh,
terriblemente feliz!

Le dijo a su "novia":

—Vamos al Parque de la Puerta de Oro
y nos pasearemos bajo los árboles.

A lo que Virginia respondió:

—No. Yo conozco un sitio mejor.

El "sitio mejor" que la muchacha cono-

cía era el mismo "ferry-boat". Ir como pasajera en un barco, aunque fuese de tan humildes pretensiones como aquel en que prestaba sus servicios; contemplar el mar, la entrada y salida de los buques. ¿Había en el mundo espectáculo que con éste pudiera compararse?

Y así, después de horas y horas de trabajar en el "efrry-boat", la hija del mar no encontraba mejores horizontes que los que desde su atalaya se divisaban.

Ante un buque de alto porte que navegaba hacia la salida del puerto, Virginia se quedó como en éxtasis. Después le dijo a Roberto:

—¡Ese es el hogar que yo sueño! Quisiera pasarme la vida en un barco... navegar... navegar siempre...

Del buque, su vista se desvió hacia la portada de una revista ilustrada, que sobre un asiento había y que representaba un niño gordezuelo chupando su biberón. Virginia puso también un comentario:

—¿Sabes cuál ha sido siempre mi ilusión? Tener siete hijos... todos varones.

—La verdad es que se debe de sentir uno orgulloso de ser el padre de un chiquillo rollizo y sanote...

—¿Verdad que sí?

—A propósito de chiquillos, Virginia... ¿Quieres casarte conmigo?



¿Cuántos viajes hizo el joven fogonero?

No hizo ascos la joven a la proposición, y Roberto, entusiasmado, continuó:

— Palabra de honor, Virginia... Estoy enamorado de ti como... como un asno... sólo me queda por hacer un pequeño viaje para terminar mi contrato... Ir a Calcuta y volver...

—No es, precisamente, un paseo...

—Cuando vuelva, nos casaremos y nos instalaremos en una granja...

—¡No pretenderás que yo vaya a vivir a una granja!

—Pero, mujer, si no hay nada tan bonito como una granja... con vacas... y terneros...

—¡Nunca! Toda mi vida he soñado con vivir en el mar, y en el mar viviré.

—¡Pues yo no renuncio a la granja!

—¡Ni yo al mar!

—¡La voluntad del hombre es la que ha de valer!

—¡Esto se ha terminado! ¡Elige... o yo, o las vacas!

Y, sin darle tiempo para pensar su elección, partió rápida, aprovechando el momento en que el "ferry-boat" acababa de atracar. Roberto corrió tras ella, pero era tarde ya. La multitud que esperaba en el muelle se la había tragado.

¿Quiere usted aprender
LOS BAILES DE MODA?

Pida hoy mismo los métodos de:
TANGO ARGENTINO
EL CHARLESTON
BLACK-BOTTOM

Precio de cada libro: **25** cts.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.

V

Cuando Virginia llegó a su casa, su padre le salió al encuentro.

→ ¿Has estado con el marinero de anoche verdad? ¡Te lo conozco en la cara!

—Sí, he estado... Pero, tranquilízate, papá: he terminado con él para siempre.

—¿Te ha ofendido otra vez ese bergante?
—Naturalmente! ¡Imagínate que ha pro-

Naturalmente, ¡imagínate que
puedo vivir en una granja!

—A decir verdad, siempre me ha parecido muy simpático ese marinero...

Así era en efecto. El capitán Seastrom veía al fin el modo de alejar a su hija del mar y de realizar él mismo su sueño dorado de vivir en el campo, cuidando gallinas y plantando verduras. Nunca le había sido simpático aquel fogonero... pero ahora, ahora que interpretaba su propia idea, era cosa de ayudarle, echando al olvido rencores pasados.

Al día siguiente, ni corto ni perezoso, e

capitán Seastrom se presentó en el vapor donde trabajaba Roberto, preguntando por él. Verlo el joven y echar a correr como alma que lleva el diablo, todo fué uno. En vano le gritaba el viejo lobo de mar:

—¡Oye, chico... espera... que tengo que hablarte!

O'Connor corría cada vez más, trepaba por las jarcias, se subía a los puntos más altos, bien seguro de que Seastrom lo buscaba para pulverizarlo. Por fin el gigante pudo echarle una mano, y apoderándose de una de las suyas se la estrechó con una efusión que a Roberto le hizo ver las mismísimas estrellas.

—¡Bien, muchacho, bien! Mi hija me lo ha dicho todo.

—¿Quiere usted decir?...

—Cuando seas mi yerno, trabajaremos juntos en el remolcador, y así no tendrás que emprender largos viajes.

—Pero... entonces, ¿habla usted de veras?

—¡Naturalmente! ¿Tengo yo cara de gastar bromas?

—¡Ya sabía yo que íbamos a ser buenos amigos! Me lo dió el corazón cuando... cuando me obligó usted a zambullirme en el agua.

—Virginia será una buena esposa para ti... pero antes tenemos que curarla de esa pasión que siente por el mar.



—¿Te ha ofendido otra vez?

Fueron andando hasta la casita de Seastrom y se detuvieron bajo una de las ventanas, detrás de la cual Virginia rumiaba su tedio. Al cabo de un rato de estar allí, Roberto se acercó al oído de su futuro suegro y le dijo en boz baja:

—Vamos adonde no nos oiga Virginia. Tengo un plan superior.

Roberto, Seastrom y el tío Pedro se alejaron un poco de la casa, y, cuando ya estuvieron a prudente distancia, O'Connor explicó su plan:

—El "Tokio" se hace a la mar esta noche. Yo el diré a Virginia que va a artarse de mar, y la raptaré...

—No comprendo...

—Es fácil. Cuando esté a bordo, haré que mis compañeros la traten tan brutalmente, qte no le queden ganas de volver a embarcarse.

—¡Hombre, es una idea! ¡Siempre he dicho yo que eras un muchacho listo!

Roberto se aproximó al tío Pedro y le dijo:

—Usted puede ayudarnos también...

—Dime cómo, y cuenta conmigo.

—Puede usted ir diciéndole a Virginia que lo que le hablé de la granja era una broma... que si se la mencioné, fué para conquistar las simpatías de su padre... Así me prepara usted el terreno para cuando yo vaya esta noche.

Biblioteca Iris

Núm. 1 — CORAZONES ORGULLOSOS

• 2 — ASTUCIAS DE AMOR

— 96 PAGINAS
Precio UNA pta. DE TEXTO SELECTO

— PEDIDOS A

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

VI

Aquella noche, como estaba acordado, Roberto se acercó sigilosamente a la casita de Seastrom y llamó con los nudillos en la ventanilla de la habitación de Virginia. Ella se asomó. El tío Pedro la había convencido ya de que su novio estaba dispuesto a hacer todo lo que ella quisiese, y así, Roberto no tuvo más que decirle:

—Mi buque sale esta noche. ¿Quieres embarcarte conmigo?

—¡Ya lo creo!

—Entonces, tenlo todo preparado; pasarás por un marinero... A las nueve y media vendré a buscarte.

Y a las nueve y media, Virginia, vestida de marinero, con la gorra bien metida hasta los ojos, para no ser reconocida por ninguno de sus amigos del muelle, salió en compañía de Roberto, encorvada bajo el peso de una bolsa de marinero que a menudo lo ponía en riesgo de perder el equilibrio y dar con su cuerpo en el santo suelo,

Cuando llegaron al vapor, Roberto la hizo esconderse en una de las lanchas del buque, no sin advertirle parternalmente.

—No te asuste de nada... Si te muerde alguna rata, aplástala con el pie.

El vapor siguió atracado, con toda su tripulación aleccionada por Roberto, particularmente el cocinero chino, que por su mala catadura imponía pavor a cualquiera que no conociese su pacífico temperamento.

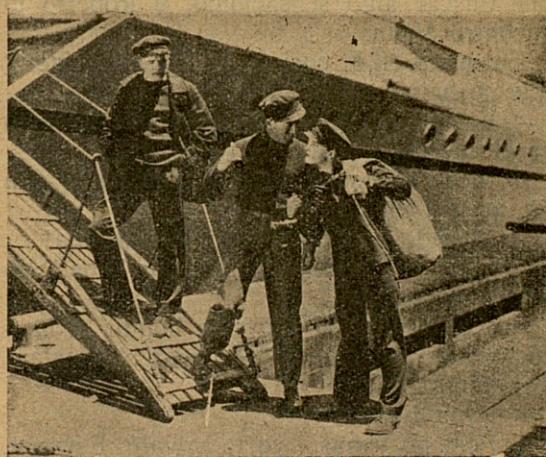
Hacia media noche, el contramaestre, que hacía la guardia, descubrió, "casualmente", a Virginia escondida en una de las lanchas. A empellones y puntapiés la sacó de allí y la hizo desfilar ante todos los marineros, mientras le gritaba con acento iracundo:

—¿Conque querías viajar gratis, eh, píllastre?

—No, señor—se atrevió a insinuar Virginia—; le diré a usted...

—¡No quiero saber nada! ¡A trabajar a la cocina! ¡Y cuando estemos en alta mar, de cabeza al agua!

La muchacha tembló. Por mucho que le gustase el mar, por mucho que soñase con la novedad de las aventuras acuáticas, aquella entrada en el mundo que ambicionaba conocer le parecía que no tenía mucho de agradable. Para acabar de tranquilizarla, Yan, el cocinero chino, la esperaba a la puerta de la cocina blandiendo un cuchillo de



Virginia vestida de marinero

exageradas dimensiones. También él se creyó en el caso de añadir sus puntapiés y sus empellones a los del contramaestre, y la pobre muchacha entró en el departamento de las cacerolas como una insignificante hoja de árbol empujaba por un ciclón.

Aquello, sin embargo, no era bastante. Pasado el primer sobresalto, Virginia, echando mano de toda su filosofía, se puso a pelar patatas, con la misma tranquilidad que si preparase la cena en su casa. Había

que buscar algo sensacional, y Roberto lo encontró al fin.

Entrando en la cocina, le dijo al cocinero, que se hallaba a la puerta:

—Vas a ver ahora el susto que le meto en el cuerpo, Yan...

Y, acercándose a su novia, le habló con un acento melodramático:

—¡Sucede una cosa horrible, Virginia!

—¿Qué es? ¡Habla, habla, por Dios... soy sobre ascas!

—¡La tripulación proyecta hundir el barco, cuando estemos en alta mar, y asesinar al capitán!

—¡Qué horror!

—Pero no temas... yo te salvaré. Estamos todavía atracados y podemos escapar.

Era la perspectiva de volver a tierra sin haber hecho otra cosa que tocar con los labios el sabor de la aventura. Ella había sentido miedo, lo confesaba, pero ahora, pasado el primer susto, quería seguir allí, sa borear hasta saciarse la vida y los peligros del mar.

Después de reflexionar un momento, se volvió a Roberto:

—Gracias, no me salves... Tengo ahora la ocasión de hacer un largo viaje por mar y no quiero desperdiciarla.

—Pero, muchacha, ¿estás loca?... Tú no sabes lo que es una sublevación en alta mar.

—Por eso mismo quiero verlo... Yo no me muero de aquí, pase lo que pase.

No había modo de convencerla. Roberto salió de la cocina decepcionado por el fracaso de su plan, que él había creído infalible. Sus compañeros le esperaban en la toldilla, y se acercó a ellos.

—Tendremos que llevarla a tierra a la fuerza, muchachos... ¡No se asusta de nada!

—Pero, ¿cómo vamos a sacarla de aquí? —preguntó Crispín Oleson.

—Vosotros la cogéis y la dejáis en el muelle... Entonces yo me presento, la salvo y hago como que os propino una paliza. ¿No es una idea?

Así se hizo. Virginia, en volandas, atravesó el vapor y fué depositada en el muelle, donde "por casualidad", se hallaba su padre. Arriba, en lo alto de la plancha, Roberto luchaba a brazo partido con sus compañeros, poniendo en la escena el mayor realismo posible.

Al ver a su padre, Virginia vió el cielo abierto. Corrió hacia él, y le dijo:

—¡Roberto me ha salvado de los que querían raptarme, papá!

—Sí... ese Roberto es todo un hombre.

La lucha continuaba cada vez más encarnada. Tan enconada, que Crispín, el más bruto de todos, cansado de recibir palizas,

se encaró "de veras" con Roberto, y a grito pelado, le dijo:

—¡Entre unos y otros me habéis desencaudernado las mandíbulas! ¡En lo sucesivo, cuando quieras raptar muchachas, las raptas tú solo!

Roberto se lo hubiera comido. ¡Todo su plan quedaba descubierto por las palabras de aquel bárbaro! No se atrevía a volver la cabeza, temeroso de encontrarse con la mirada severa de su novia. Pero ella le ahorró el trabajo, acercándose a él y preguntándole:

—¿Con que todo ha sido una comedia, eh?

—Virginia... te diré... yo...

—¡Basta! En lo sucesivo, y para que no tengas que hacer más comedias, viviremos en una granja y tendremos siete hijos...

—¿De veras, Virginia?

...pero seis serán adoptados.

l

F I N

La dirección artística y grabados de las portadas a cargo de la importante casa

BADAL Y CAMATS

Tarjetas postales al bromuro

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. 2 pesetas

Serie A.

Clara Bow	Ramón Novarro
Sue Carol	Charles Farrell
Dolores del Río	George O'Brien
Janet Gaynor	John Gilbert
Maria Casajuana	Charles Morton

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 postales. 2 pesetas

LOS CUATRO DIABLOS . Janet Gaynor.

LA MASCARA DE
HIERRO. Douglas Fairbanks.

BEN HUR. Ramón Navarro

EL ARCA DE NOÉ. . George O'Brien

No se venden postales sueltas

Pedidos a

Biblioteca Films-Apartado 707 - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.